

## "EL MALESTAR EN (LA PERIFERIA DE) LA CIVILIZACION"

*Max Hernández<sup>1</sup>*

*Motos Lemlij*

La primera, y la más importante, de las recomendaciones técnicas que Freud hace en el año de 1912, guarda plena correspondencia con el desarrollo teórico de su pensamiento. Propone que el médico que quiera practicar el psicoanálisis debe escuchar las asociaciones libres de su paciente con atención parejamente flotante (Freud, 1912). Esta constituye el núcleo esencial de la neutralidad que requiere la labor analítica. Supone una tranquilidad básica, una suerte de paz de espíritu. Tal actitud permite al analista atender al mismo tiempo a la superficie psíquica del paciente -las ondulaciones que a manera de señales registran lo que ocurre en las profundidades psíquicas- y a la transferencia.

Ocurre que, en los últimos tiempos, para un analista que ejerce su práctica en la ciudad de Lima, no resulta fácil mantener la atención libremente flotante y, por lo tanto, la necesaria neutralidad. La violencia, el "ruido y la furia" de la realidad cotidiana, se inmiscuyen, no sólo en la mente del analista sino también en el "setting". No ha sido infrecuente que analistas limeños vean llegar pacientes rodeados de guardaespaldas, hayan sufrido asaltos en sus consultorios, recibido noticias de muerte por violencia terrorista de colegas médicos o de violaciones a los derechos humanos, quedado a oscuras por un apagón o sentido el remezón de un dinamitazo en plena sesión. En tales condiciones es menester realizar esfuerzos muy grandes para intentar recuperar una paz mental que cada vez parece menos accesible. La atención libremente flotante se ve interferida a menudo, por cuanto en las asociaciones de los analizandos aparecen referencias que producen en el analista aquello que Bion denominaba el "efecto adormecedor de la realidad" (Bion, 1967).

Como se desprende de la complicada puntuación en el título de este ensayo, nos habremos de referir a ese conjunto de relaciones que constituyen lo social. Para ello tornaremos en cuenta situaciones históricas -de larga duración y coyunturales- y tendremos en cuenta aspectos que se encuentran al margen de lo que, a partir de Psicología de las masas y análisis del yo, entendemos como "lazo social". Los sacudones que la actual situación produce son evidentes en nuestro trabajo clínico. Aparecen con trazos gruesos. El desconcierto que los acompaña se traduce y trasluce, por ejemplo, en el conjunto de preguntas que, a menudo, definen el vértice de las asociaciones de los pacientes. A nivel de determinado grupo social, preguntas como "¿permanezco en el país o me voy?" ocupan reiterativamente la superficie psíquica de muchos analizandos. Son otras las preocupaciones que algunos colegas recogen del trabajo con pacientes provenientes' de los sectores más golpeados por la crisis económica y social y por los embates de la violencia: ellos muestran las' cicatrices psíquicas de la pobreza (Rodríguez Rabanal, 1989). Aquellos analistas que, en una actividad que se vincula con lo psiquiátrico, trabajan con pacientes cuyos problemas se centran en torno al consumo de cocaína, perciben la avidez desesperada y registran la creciente demanda de tratamiento por

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Miembros de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Tudela y Varela 470-1, Lima 27, Perú.

parte de miembros de familias que provienen en parte de los sectores de más altos ingresos.

El malestar producido por la condición civiliza los individuos no queda al margen de la labor analítica. Por el contrario, se pone de manifiesto en su radicalidad por actitud del dispositivo analítico. Esto es bien sabido. No es este el asunto en el que queremos ahondar. Se trata, más bien de no perder de vista las condiciones específicas de la realidad urbana en las que desempeñamos nuestra tarea; de pensar el quehacer analítico en un país que se debate en un tipo específico de violencia. Hemos intentado una reflexión partiendo de las enseñanzas que deja nuestra práctica, Reflexión y práctica signadas por circunstancias que son producto de la convergencia de múltiples crisis, incubadas en tiempos distintos, que se potencian en una gran crisis. Tal vez ello mismo nos permita decir algo acerca de *El malestar en la civilización*.

Paralelamente a la práctica clínica, algunos analistas han tratado de entender desde la perspectiva psicoanalítica algunas realidades históricas, sociales o culturales. En ciertas circunstancias de desconcierto general, en momentos en que las ciencias sociales, con los métodos y la lógica que les es propia, no parecen poder proveer respuestas, los psicoanálisis parecen como poseedores de un saber supuesto que podría esclarecer las circunstancias sociales y sus dificultades. Huelga decir que todo comentario sobre la civilización, la cultura, la sociedad o la historia corresponde al tipo de discurso impregnado de ideología; es decir, contrario en esencia al espíritu que anima a la disciplina psicoanalítica: acceder a la verdad más exigente, a la dimensión más prístina y desnuda de las diferencias. Sin perder esto de vista, pasamos a señalar algunos puntos.

## II

Es innegable que el psicoanálisis es un hecho ciudadano, históricamente ligado a determinado desarrollo social y cultural. "Nada parece más desesperadamente urbano que el psicoanálisis, esa teoría inventada por y para burgueses integrados en la ciudad" (Gay, 1990, 32). No es de extrañar, entonces, que Freud utilizara el ejemplo de Roma, la gran civitas, como término de comparación con la psique en *El malestar de la civilización* (1930). Tal vez sea menos conocida la frecuente referencia a Roma en la historiografía llamada por los españoles "indiana"; es decir, en las primeras crónicas e historias acerca de la América prehispánica (González, 1981). Tomemos algunos ejemplos: el secretario de Pizarro, Pedro Sancho decía que los edificios de Cuzco eran obra de romanos, como los de Segovia o Tarragona; o en el caso de la ciudad de los "Césares" en el que el apellido de un conquistador constituyó un núcleo verbal que dio origen a mitos y utopías (Ainsa, 1992). En la obra del Inca Garcilaso, escrita en 1605, las comparaciones entre el Cuzco y Roma son explícitas y relativamente abundantes (Garcilaso de la Vega, Inca, 1965).

En *El malestar de la civilización*, Freud nos invita a hacer el esfuerzo imaginativo de concebir de un modo especial la ciudad de Roma. Todos aquellos productos de su cultura material, que las sucesivas etapas históricas fueron superponiendo a lo largo del tiempo, se hallarían representados en el mismo lugar. Sería posible encontrar intactas allí las construcciones pertenecientes a distintas épocas de la historia de la ciudad, así como

preservadas todas y cada una de las modificaciones que a éstas se hicieron. De tal manera ocuparían el mismo espacio la Roma cuadrata, la Roma de los Césares, la Roma de la decadencia imperial, la Roma renacentista, la Roma barroca, la Roma del Risorgimiento, etc. El esfuerzo de imaginar la estructura secuencial y estratigráfica de la ciudad reducida a un único espacio tiene una recompensa. Nos permite entender cómo funciona lo inconsciente: preservándolo todo. Freud vuelve a tocar el tema de la ciudad en el capítulo VII del mismo libro cuando se refiere al superyó. Esta vez utiliza otra imagen sugerente. Nos dice que el superyó funciona en el interior del individuo exactamente igual que una guarnición dentro de una ciudad conquistada. Ya tendremos ocasión de volver sobre el punto.

Lo que queremos es realizar un ejercicio de imaginación similar al propuesto por Freud: solamente debemos variar de ciudad. Ni Roma ni el Cuzco. Pensemos esta vez en la ciudad de Lima. Una metrópolis del Tercer Mundo, suerte de extraña síntesis, de propuesta sincrética plagada de conflictos, que en alguna medida representa la totalidad del Perú. Al decir esto nos viene a la mente la afirmación de Abraham Valdelomar, poeta, escritor y político peruano de las primeras décadas de este siglo, periodo llamado entonces sin ironía, la "Belle Époque" limeña: "El Perú es Lima; Lima es el jirón de la Unión: el jirón de la Unión es el Palais Concert; el Palais Concert soy yo. Ergo ...". La megalomanía implícita en la cita pareciera prevenirnos contra los riesgos de egocentrismo. Pero hay algo más. Alrededor de esa época las ciudades capitales de América Latina, casi sin excepción, habían alcanzado total hegemonía en los respectivos territorios nacionales "y sus problemas fingían engañosamente ser los de la nación íntegra, por lo mismo que dentro de ella se producían los conflictos nacionales por la incorporación de la inmigración interna, en algunos puntos duplicada por la externa" (Rama, 1984, 115). La situación demográfica y los cambios sociales favorecían una curiosa traslación, producto de la reactivación republicana del centralismo colonial. De ese modo se efectuaba una operación metonímica a nivel nacional: la ciudad sustituía al país.

En todo caso, volviendo al hilo de nuestra argumentación, al desplazar la invitación freudiana a la realidad específica de Lima, nuestra intención apunta menos a subrayar, en este momento, la analogía con la psique cuanto a poner en relieve las formas que puede adoptar el malestar en la civilización en tales circunstancias urbanas. También nos hemos de referir a la relación de estas formas entre sí. Para ello es necesario delinear su desarrollo a partir del desencuentro sobre el que se constituyó la ciudad y el país mismo.

### III

Los antiguos pobladores de la zona yunga donde hoy se levanta la ciudad, que vivían de la agricultura y de la pesca, habían desarrollado un universo de formas simbólicas compartidas y mantenían, dentro de ellas, relaciones con el Estado inca. Sensibles a las variaciones geográficas y climáticas, los habitantes del Perú prehispánico organizaron el uso de su territorio manera de "archipiélagos" que articulaban las diversas potencialidades de los distintos "pisos ecológicos" (Murra, 1983). Las categorías espacio-temporales, la organización social y económica, los sistemas de parentesco, las instituciones, los procesos de intercambio estuvieron trabados en el interior de una totalidad. Sobre ella regía el imperio absoluto de los Hijos del

Sol. Cabe pensar que el malestar generado por tal forma cultural tenía sus expresiones propias (Hernández et al., 1987).

El desarrollo de este sistema de relación con la naturaleza y la sociedad fue alterado cuando los conquistadores capitaneados por Pizarro desembarcaron en la costa. A la vez que trauma y desgarró, el acontecimiento iba a constituir el nacimiento de un nuevo proyecto de nación consecuente con la inserción del territorio "descubierto" en un mundo que se globalizaba. Se buscó un lugar donde fundar la ciudad capital -obviamente en la costa, como convenía a los intereses de la metrópoli-, se le otorgó un escudo, se le llamó Ciudad de los Reyes. Llegó a ser cabeza de un poderoso virreynato (Miro Quesada, A., 1968). Este se organizó dentro de un orden jurídico que definía dos repúblicas: una república de indios y una república de españoles.

Conviene recordar que la palabra civilización contiene la raíz *civis*, ciudad. La conquista fue entendida como gesta civilizadora por los europeos. En su libro póstumo, *La ciudad letrada*, Angel Rama anota cómo los conquistadores que fundaron las ciudades americanas, percibieron que se apartaban de la "ciudad orgánica" medieval en la que habían crecido "para entrar a una nueva distribución del espacio que encuadraba un modo de vida, el cual ya no era el que habían conocido en sus orígenes peninsulares" (Rama, 1984, I). Así, se produjo un serio desencuentro. Una concepción particular de la cultura, -subespecie europea-, tuvo primacía sobre todas las demás. Con un agravante. Se aplicó sin reserva alguna, como si se actuase sobre un campo raso. En el caso concreto de Lima la organización urbana aborígen hecha de barro y cañas no ofreció apenas resistencia material al trazado de la ciudad que se trasladó del papel al terreno.

Los conquistadores españoles, avanzada a la vez medieval y moderna, militante e intolerante, provenían de una sociedad en la que el malestar adoptaba formas diversas a las que primaban en el mundo andino. Huían de estrecheces y carencias. Tenían sus propios ideales, ensueños y utopías. El sueño de los conquistadores tampoco pudo primar. Otras exigencias se iban a imponer. El poder de la Tiara y la Corona. Un nuevo sistema jurídico, nuevas formas económicas y diversas aspiraciones religiosas acompañaban a la expansión colonialista. El marco administrativo no dejaba cabida ni a los criollos - españoles americanos - ni a los mestizos que no eran indios ni españoles. Dentro de estos cauces discurrió el virreynato. La enmacipación tuvo lugar en el año 1821; los criollos participaron en su dirección. La herencia colonial persistió y los grupos dirigentes ejercieron la dominación, esta vez interna, sobre el resto de la población.

La resistencia indígena a la invasión europea fue permanente durante el período colonial. Al mismo tiempo, formas de convivencia desarrolladas a lo largo de siglos -definidas por algunos pensadores peruanos con el término inexacto pero sugerente de "mestizaje cultural"- se enraizaron. El conjunto hizo que la ciudad de Lima, trazada a cordel por los conquistadores españoles y desbordada sobre asentamientos andinos no tomados en cuenta, mantuviera hasta hace unos cuarenta años, pese a los vericuetos de la historia republicana, una fisonomía particular. Se trataba de una urbe pequeña, amable e injusta. Testimonio inequívoco de una soledad signada todavía por su herencia colonial. La resistencia indígena, el mestizaje y la capitalidad virreynal tuvieron efecto definitivo en la configuración de las características de la

ciudad y han incidido de modo importante en las serias dificultades sociales de la Lima de hoy. Estas son el resultado de dos desarrollos culturales distintos, de su enfrentamiento y su mixtura. Como veremos, la analogía con Roma tiene sus bemoles.

A mediados de este siglo, un gran cambio poblacional empieza a subvertir el orden limeño y a transformar la historia del país. El crecimiento explosivo de la población y la masiva migración del campo a la ciudad constituyen, sin lugar a dudas, el hecho social de mayor gravitación de los últimos tiempos. La presencia de millones de personas que no encuentran lugar en la estructura productiva ni espacio habitable en la capital, ha determinado profundas transformaciones en su fisonomía urbana, en su funcionamiento social y en su economía. El crecimiento relativamente ordenado de la ciudad, que podía preveer y cubrir, -hasta cierto punto y dentro de un esquema de privilegios- el aumento de la demanda de servicios básicos, se vió trastocado por el desborde de este enorme contingente social que, en sucesivas oleadas, invadió sin más los terrenos circundantes destinados al cultivo de panllevar o simplemente eriazos. Sobre ellos, erigió sus viviendas a duras penas y sin respetar las disposiciones urbanas municipales que, por supuesto, no habían previsto tal contingencia. De tal manera se hizo de la necesidad de sobrevivir un estilo de vida de urbanismo.

Este sector, dedicado a actividades comerciales eventuales, es conocido como el sector informal de la economía. Si, visto desde la perspectiva de la práctica económica, este grupo parece participar de los modos de interacción capitalista, desde el punto de vista social se encuentra aún inmovilizado por la convergencia de dos miradas: la propia y la que de él tiene el sector tradicionalmente dominante. Ambas están circunscritas por las reverberaciones de las condiciones de dominación y subordinación y reproducen los encierros mentales que corresponden a patrones coloniales, estamentales y patrimoniales. La situación de hecho definida por la conquista se consolidó en el "minucioso y barroco" edificio jerárquico impuesto por el orden colonial. El control estatal de la sociedad estaba, por ende, asegurado.

La humillación que significó la conquista, ese "ultraje magnifico e imperdonable" -la frase de Isherwood destaca la ambivalencia de los sentimientos a ella asociados- quedó grabada en la población sometida. "La percepción de la indignidad e injusticia social, apunta Cecilio Paniagua, es muy relativa. Estos sentimientos (o resentimientos) no se producen si las desigualdades sociales se tornan como inevitables" (Paniagua, 1991). Una representación del mundo social peruano, legitimada por la ideología dominante pero ficticia, servía como muro de contención frente a los posibles desbordes. Pero en los tiempos de crisis, en las coyunturas de cambio cuando las expectativas se exacerban, el propio retraso social de las mayorías se constituye, para ellas mismas, en evidencia innegable de la injusticia de; régimen de que son -o fueron- víctimas. Debido a la persistencia de la identificación con el punto de vista dominante, siguen atadas al conjunto de designaciones despectivas que gravitan alrededor del término 'cholo'. En un plano más profundo, los miembros de dicho grupo se hallan maniatados por lazos que derivan de una honda incorporación de pautas de dominación y sometimiento. Bajo las nuevas condiciones, tal situación interna produce sentimientos de impotencia que a la vez generan resentimiento, agresión y violencia expresados de diversas formas. Por su parte, los grupos vinculados a la franja tradicionalmente dominante registran más la violencia y el desorden concomitantes con el ascenso de la marea popular que la voluntad de sobrevivir en las

nuevas y arduas condiciones. No es difícil entonces entender la proclividad de ambos sectores por el autoritarismo represivo.

En trazos gruesos, las condiciones en que se desenvuelve la vida urbana están marcadas por vastas diferencias sociales. En el marco contradictorio de la urbe destacan la pobreza extrema de sectores amplísimos de la población que, sin perspectivas de futuro, se desgasta en la mera supervivencia; la violencia delincuenciales, terrorista y del estado; el narcotráfico y el consumo de drogas -en una escala variada y polimorfa que va desde la droga refinada hasta la llamada , pasta básica y los vapores del pegamento sintético-. Y, en un nivel general, el desconcierto invade a la mayoría de la población con respecto a su ubicación en la estructura de la sociedad y la cultura.

Tal vez este sumario recorrido por la historia de la urbe pueda permitirnos una aproximación a las raíces del complicado estado de la vida cotidiana en Lima. Tal vez las líneas de fractura, puestas en evidencia por la crisis que atraviesa la sociedad, nos lleven a alguna comprensión de las formas como se expresa, en tales situaciones, el malestar en la civilización. A lo largo de la exposición hemos subrayado dos rupturas que deben ser tomadas en cuenta si queremos que la aplicación del modelo de Roma no sea una mera transposición mecánica. La primera, dada por la interrupción catastrófica del desarrollo autóctono a partir del siglo XVI; la segunda, contemporánea, signada por la explosión demográfica, la crisis económica, la migración masiva a la ciudad y su corolario: la pobreza extrema.

#### IV

Retornemos, hoy, a más de 450 años de la fundación española de Lima, y a casi sesenta años de la publicación del libro cuyo comentario nos convoca, el ejercicio de imaginación freudiano. Aún el más somero reconocimiento del terreno deja ver indefensos vestigios: los rastros de pasado arcaico de los pescadores y recolectores en las lagunas y pantanos de aquella parte de la ciudad próxima a la costa; las huellas de pasado agrícola primitivo, particularmente en los terrenos adyacentes al río Lurín; las huacas o adoratorios preincaicos e incaicos, de los cuales el más prestigiado, el de Pachacamac<sup>2</sup>, está en los bordes de los asentamientos habitados; los templos y mansiones coloniales del centro de la ciudad que un día se llamó "Lima la dorada"; las construcciones republicanas de los balnearios; los edificios modernistas de los barrios en los cuales se aglutinan mayormente los criollos - herederos ideológicos del pasado colonial llamados por ellos mismos "ghettos" blancos; la angosta franja de viviendas

---

2 Mientras redactábamos este trabajo se descubrieron dos mornias en San Isidro, zona donde se encuentra la mayoría de los consultorios psicoanalíticos. Algunos de estos están en 'El Olivar'. 'El Olivar' de San Isidro fue plantado el mismo año que se fundó Lima, y fue talado el mismo año en que se independizó el Perú. Por @ estos árboles tienen una base tan ancha @ntos años tiene la ciudad -, en contraste con lo delegado de la parte alta del tronco @ntos años tenemos de república.

modestas que conforman los barrios de los provincianos llegados a Lima hace más de cuarenta años. Dentro de tal perímetro habita el millón de habitantes de lo que hasta nuestra generación se llamaba nostálgicamente la 'Lima de siempre'. En la periferia de la ciudad, hoy se ubican los barrios marginales, poblaciones muy pobres que fueron convertidas por decreto supremo en "pueblos jóvenes". Es cierto que algunos de ellos han logrado niveles admirables de organización. Es una excepción. Un cinturón de miseria alberga a los otros seis millones de limeños "recién llegados".

Estos grupos disímiles de la sociedad coexisten en un equilibrio muy peculiar. La ciudad ha cambiado. La burguesía tradicional ha debido abandonar los lugares en los que se erigían los símbolos de su poder y dominación. Gran parte de las oficinas y sedes centrales de empresas privadas, de grupos financieros e incluso del sector público, han tenido que mudarse a los nuevos suburbios elegantes, dejando el centro histórico en manos de los migrantes de los últimos tiempos y de los antiguos limeños que empobrecidos han tugurizado sus viviendas (Mdlones, 1976).

Al imaginar la estructura estratigráfica de la ciudad de Lima no podríamos, siguiendo a Freud, limitarnos a incluir la superposición condensada de las construcciones pertenecientes a distintas épocas. Aquella continuidad que Roma pareciera manifestar por encima de los cambios ocurridos, contrasta con las rupturas que una ciudad como Lima pone en evidencia. Por ello resulta imprescindible ocuparnos de las ruinas mismas. Hay una razón esencial. En este caso fueron producidas no sólo por la barbarie o por el tiempo. Son resultados de los intentos de civilizar a la población nativa subsecuentes a la conquista. Las avanzadas de occidente impusieron su ethos, sus ideales y su visión de la realidad a despecho del pasado histórico que encontraron. Sojuzgaron a los vencidos y desestructuraron su mundo. Las ruinas, tanto como la crisis presente, dan testimonio de ello. Es por ello que el conjunto exige otra mirada.

Esta diferencia de énfasis no debe llamarnos la atención. La visión de Freud al establecer la comparación que ilumina los capítulos de *El Malestar en la civilización*, fue planteada en un momento en que la confianza en la ciencia y en el pensamiento occidentales no habla sido radicalmente cuestionada. Configuraba la atalaya desde la cual se observaba al mundo.

Freud tituló su ensayo *El malestar en la cultura*. Parece que el primero en emplear la palabra cultura en su sentido moderno fue Kant. Según él, los primeros escritos de Rousseau (*Discurso sobre las ciencias y las artes; Discurso sobre los orígenes de la desigualdad entre los hombres*) habían puesto de manifiesto la verdadera contradicción que hace al hombre sentirse incompleto y desdichado: la oposición entre naturaleza y civilización; por una parte, las necesidades animales del hombre y las urgencias que ellas producen y, por otra, las artes y las ciencias. Luego, en el *Emilio*, *El contrato social* y *La nueva Eloísa*, Rousseau propuso -siempre desde la óptica kantiana- una unidad nueva que armonizaba lo bajo y lo elevado: las demandas naturales y las de la moral y el arte. Kant denominó 'cultura' a esta unidad (Bloom, Allan 1991). Freud llevó el cuestionamiento de esta conflictiva unidad a las zonas más íntimas del individuo civilizado.

En el ensayo de 1930, los párrafos dedicados a Roma aparecen entre una referencia a la

evolución -de sello haeckeliano- y otra a la vida anímica. Roma está situada, por así decirlo, entre la naturaleza y el espíritu. Al referirse a la vida psíquica, Freud contrasta, de paso, el tema de; desgaste, deterioro y destrucción de las ciudades a lo largo de la historia con lo que ocurre en el terreno psíquico donde 'la conservación de lo primitivo con lo evolucionado a que dió origen es tan frecuente que sería ocioso demostrarla mediante ejemplos" (Freud, 1930, p.3020). Tal vez sea necesario cambiar un tanto la perspectiva, tanto en el terreno de lo urbano cuanto en el de lo psíquico. En muchas ciudades se puede ver entre los restos dispersos de las antiguas culturas (el término está utilizado en el sentido etnográfico) las huellas de la catástrofe histórica que las arrasó. Bion ha publicado observaciones clínicas hechas en los análisis de pacientes con desórdenes de pensamiento que muestran cómo la psique de estas personas permite reconstruir catástrofes Kiquicas a partir de evidencias ruinosas. Es como si la imagen de Roma y la preeminencia de una metapsicología tributaria casi exclusivamente de las neurosis dificultaran esta visión alternativa.

Pero volvamos a Lima, capital de Perú. Pensemos por un momento en la pobreza extrema que afecta a sus mayorías. Pensemos en la violencia que el narcotráfico y el terrorismo imponen. Pensemos en el desconcierto que campea entre sus capas culturales. Pensemos en las respuestas desesperadas de los gobiernos de un Estado que fácilmente olvida el respeto por los derechos humanos. Pensemos en el ansia desenfadada de quienes consumen la droga. Y pensemos de que manera estos asuntos están vinculados y condicionados entre sí. Lo inmenso y completo de la tarea de sacar adelante a una sociedad tan ferozmente empobrecida ha llevado a unos cuantos a creer que una 'revolución' violenta y despiadada, que ve en el terror el medio de acción por excelencia, pueda conducir a un porvenir mejor. Se han autodefendido como los vectores idealizados del resentimiento, la violencia y la crueldad que la lucha sin cuartel por la existencia, el hacinamiento y la desesperanza producen en los seres humanos. Otros, renunciando a sus responsabilidades democráticas, se deslizan por la peligrosa pendiente del autoritarismo. Los más asisten pasivos y desconcertados a un drama que los compromete y los excluye.

La ausencia aparente de alternativas económicas viables, la precariedad de las instituciones y la creciente demanda de cocaína por parte de los países desarrollados, ha dado paso a lo que, con ambivalente ironía, se conoce como "la única transnacional peruana exitosa", la de la droga. Como efecto tangencial de ello, la intoxicación -aquella forma de eludir, o mitigar, las urgencias de la realidad a la que Freud también aludió en su trabajo de 1930- se constituye en el método privilegiado con el que miles y miles de jóvenes pertenecientes a todas las clases sociales pretenden evadirse del malestar que la civilización de fines del milenio produce en su periferia. El "malestar en la civilización" en el Perú, como puede verse reflejado en la capital, Lima, asume también estas expresiones de patología social.

El recurso de la fuerza es cada vez mayor. Proliferan cercas y alambradas, grupos terrori~, bandas de delincuentes, grupos de "protección armada" (a cargo de compañías especializadas o simplemente informales), la demanda de armas de "defensa personal". Da la impresión \_que el paso decisivo hacia la civilización que representa la sustitución del poderío individual ("fuerza bruta") por el de la comunidad (Derecho), estuviera en riesgo de desandarse. Pero hay algo más. Reflexionar sobre este hecho local ilumina un asunto de



mayor alcance. Son dos los aspectos capitales de la propuesta freudiana acerca de lo social. Primero, la horda deviene en sociedad cuando inmediatamente después del asesinato del padre la fiesta totémica instituye una alianza. Segundo, esta suerte de contrato social inicial es sostenida por la identificación; mecanismo fundamental para la construcción del lazo social. Ahora bien, el superyó, interiorizado en el momento del pacto primordial, heredero del complejo de Edipo y monumento erigido por el sentimiento de culpa en la concepción clásica, adquiere en el texto de 1930 otros visos. Con suprema confianza en la civilización occidental, Freud, el gran crítico de la misma, no vaciló en afirmar la necesidad de controlar las demandas instintivas del eros y de la agresión, mediante la presencia de una guarnición interiorizada que vigile a cada quien en nombre de la civilización, como los destacamentos que dejan en las ciudades conquistadas las huestes supuestamente civilizadoras. El lazo social requiere de severa vigilancia. Tal orden de cosas no parece garantizar una gran estabilidad; ni interna ni social. Ese modo de ver resulta hoy difícil de sostener. Y no sólo pensando en y desde Lima. El desgobierno de la tecnología, no solamente en sus dimensiones más nefastas: el armamentismo atómico y las enormes desigualdades tecnológicas y económicas, la escasísima conciencia ecológica asociada en alguna medida a una concepción del desarrollo guiada por la razón calculadora, las dificultades para desarrollar formas democráticas, la reemergencia de los nacionalismos exclusivistas, del racismo y de la discriminación institucionalizada, etc., la cuestionan.

Por todo lo dicho, al observar el discurrir del proceso social, nos resulta prácticamente imposible releer *El Malestar...* sin cierta duda, sin sentir cierta trepidación. Las guarniciones militares civilizadoras han perdido mucho crédito. Sabemos que no es nada difícil que los grupos de poder de los países del Tercer Mundo lleguen a contar con enormes poderes tecnológicos destructivos, provistos sin el menor recato por los traficantes de armas e incluso por gobiernos de países-democráticos-desarrollados-industrializados-y-civilizados. En el mundo actual las armas parecen circular con más libertad que las ideas, los capitales y los bienes de producción. Continuar concibiendo la seguridad que nos ofrece pertenecer a la civilización a imagen y semejanza de una ciudad vigilada por una guarnición, nos parece peligroso para todos ad portas del siglo XXI.

Al trasladar el modelo propuesto a una ciudad como Lima, éste sufre la arremetida de las desventuras añejas a un orden económico excluyente, a una civilización para los menos, donde las mayorías se hallan expuestas a la enfermedad y a la muerte prematura. En tal macrocosmos la razón vital, la imaginación al servicio de la sociedad y la utopía creativa se encuentran asediadas, por un lado, por el hambre desesperada y la violencia resentida asociados a la pobreza extrema; por el otro, por la arrogancia y los apetitos desbordados de la avidez auspiciada y propiciada por un consumismo delusional. Y ambas posiciones se sienten tentadas por propuestas violentas e inmediatistas.

Tal vez sea necesario repensar también el sentido de la imagen de esa Roma Plural y compleja. Después de haber "digerito anche i barbari", sirvió de metáfora civilizada y civilizante a Césares, a santos de la iglesia Católica, a cronistas de indias -conquistadores, conquistados o situados en la tierra de nadie del mestizaje-, a Papas y Emperadores. Todo ello antes de deslizarse dentro de las páginas de la escritura freudiana. A fines de este segundo

rnilenlo -según lo indica la cronología al uso -tal vez sea más exacto recurrir a la imagen de una metrópolis desarticulada por sucesivas contradicciones y negaciones, asolada por la violencia propia de la coyuntura, en riesgo de fragmentación, recogida apenas por el esfuerzo amoroso de los hombres de buena voluntad. Tal vez una metáfora como la que ofrece Lima o Los Angeles del "Blade Runner" no sea solamente más contemporánea, sino que también estaría más de acuerdo con el descubrimiento de lo inconsciente; esa Síntesis disyuntiva, esa articulación contradictoria e inestable de sujetos cuestionados y objetos contingentes, afirmativa y defensiva, erótica y tanática en urgente necesidad de análisis que Freud definió y describió con lucidez única.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Ainsa, W. F. (1992) 'Historia, utopía y ficción en la ciudad de los Césares'. Madrid, Alianza.

Bion, W. (1967) "Second thoughts". New York, J. Aronson

Bloom, A. (1991) "Gigantes y enanos: interpretaciones sobre la historia sociopolítica de Occidente". Bs.As., Gedisa Editorial.

Freud, S. (1912) Recommendations to Physicians Practicing Psychoanalysis, S.E. )UI. London, Hogarth.

\_\_\_\_\_ (1930) "Civilization and its Discontents". S. E. XXI. London, Hogarth.

Gay, P. (1990) 'Freud. Una vida de nuestro tiempo'. Barcelona, Paidós.

Garcilaso de la Vega, Inca (1965) Obras completas. Ed. C. Saénz de Santa María. Madrid, Atlas.

González, J. (1981) 'La idea de Roma en la historiografía peruana', Madrid, IGF. de O.

Hernández, M. et al. (1987) 'Entre el mito y la historia'. Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis-SIDEA.

Millones, L. (1976) 'Tugurio'. Lima, INC.

Miro Quesada, A. (1968) 'Lima, Ciudad de los Reyes'. Lima, PLV.

Murra, J. (1983) 'La organización económica del estado Inca'. México, Siglo XXI

Paniagua, C. (1991) 'Reflexiones sobre los fenómenos violentos de masas' Revista de Psicoanálisis de Madrid, No. XIII

Rama, A. (1984) 'La ciudad letrada'. Hanover, Ediciones del Norte.

Rodríguez Rabanal, C. (1989) 'Cicatrices de la pobreza'. Caracas, Nueva Sociedad.